

EL ASOMBROSO DOCTOR JOVER

Carmela Eulate

Prólogo de Natalia Cisterna y Lucía Stecher

Con la colección **Biblioteca recobrada. Narradoras chilenas**, la Universidad Alberto Hurtado busca dar nueva vida a la literatura escrita por mujeres en Chile desde el siglo XIX, con obras hoy asequibles solo en antiguas ediciones e incluso casi inexistentes en las bibliotecas de nuestro país.

Esta selección de textos es apenas una contribución a la enorme reformulación crítica del canon y de la historiografía literaria, iniciada sobre todo por pensadoras e investigadoras que, a mediados de los años de la década de 1980, comenzaron a trabajar estratégicamente por una mayor visibilización de la escritura de mujeres en el campo cultural. Esta labor se lleva a cabo hoy a través de diversos esfuerzos académicos y editoriales, a los que nuestra casa de estudios busca contribuir.

Hemos seleccionado con este fin textos que consideramos atractivos para las y los lectores de hoy: desde novelas o cuentos a otras formas de relato de difícil encasillamiento genérico, debido al mismo lugar excéntrico que estas escrituras ocuparon en los campos culturales y en las inscripciones canónicas de su tiempo.

La colección busca facilitar el acceso a personas dedicadas a la investigación —y también a lectoras y lectores de diversas edades e intereses— no solo la materialidad de estos libros, sino también recobrar las voces, las subjetividades y

mundos imbricados en ellos, que se habían tornado opacos o inexistentes en un campo cultural misógino, indiferente e incluso hostil a la creación de las mujeres.

En cada volumen colabora una escritora o crítica, con un prólogo que busca acercar al presente estas escrituras. A todas ellas agradecemos su contribución, así como al comité editorial de Literatura.

Esta colección se amplía a **Biblioteca recobrada. Narradoras latinoamericanas**, buscando rescatar obras de diferentes creadoras que en sus respectivos países y sociedades escribieron y publicaron, desafiando los obstáculos de su tiempo.

PRÓLOGO

La inclasificable modernidad de *El asombroso Doctor Jover*

Lucía Stecher y Natalia Cisterna

El asombroso Doctor Jover de Carmela Eulate es una novela en la que nada es realmente lo que parece ser. Empecemos por el título: nos habla de un “Doctor Jover”, pero ya en las primeras páginas nos encontramos con que el personaje es “una mujer joven, de figura interesantísima, que vestía inmaculada bata de piqué blanco”. Pronto sabremos que el doctor es María Francisca Jover, que además no lleva el apellido de su padre, sino de un tío, y que es una famosa y reconocida pediatra que vive en Barcelona. Esta protagonista tan singular encarna las preocupaciones y reflexiones desarrolladas por su autora, Carmela Eulate Sanjurjo, en otros textos, como sus ensayos *La mujer en la historia* (1915), *La mujer en el arte: Inspiradoras* (1915); *La mujer en el arte: Creadoras* (1915) y *La mujer moderna* (1924).

Eulate nació en Puerto Rico en 1871 y emigró muy joven a España, donde vivió hasta su muerte en 1960. En 1895 publicó en su isla natal *La muñeca*, la novela por la que hasta ahora es más conocida y estudiada, debido en no menor parte a que venía antecedida de un

prólogo de Manuel Zeno Gandía (1855-1930), médico y escritor puertorriqueño considerado el exponente más importante de la corriente naturalista en su país. Es interesante que en *El asombroso Doctor Jover*, la protagonista sea autora de un libro de medicina que le da mucha fama, que es traducido a varios idiomas y que en cada una de sus versiones lleva el prólogo de algún famoso doctor. Tal como Zeno Gandía dedicó el prólogo de *La muñeca* a hablar más de sus propias concepciones estéticas que de la novela, en el caso de los prólogos que solicita Jover, los prologuistas hablan más de la belleza de la autora que de su obra: “La eminencia parisién que la prologó, encontrando poca base científica para el encomio, se extendía en elogios de la personalidad relevante del autor, de aquella mujer toda sensibilidad y belleza, verdadero ideal de un especialista de la infancia, pues con sus dulces palabras inspiraba a los niños tan íntimo gozo, que como en las criaturas influye extraordinariamente la imaginación, era lógico que la considerasen el Hada de la Salud”. Además de hablar más de su propia obra que de la de Eulate, Zeno Gandía ofreció una lectura de la novela que desatendía totalmente sus dimensiones irónicas. Tal como la “eminencia parisién” de la cita, el médico y escritor puertorriqueño hizo una lectura literal de *La muñeca*, es decir, no prestó atención a las tensiones y desajustes que hacen de ella un texto profundamente original y cuestionador. En *El asombroso Doctor Jover*, publicada casi treinta y cinco años más tarde, se retoma el juego entre las intrigas aparentes de una trama difícil de clasificar y los distintos discursos y modelos que organizan las identidades y relaciones de género.

El juego entre apariencia y realidad es central en la organización de distintos aspectos de *El asombroso Doctor Jover*, novela reeditada por Ediciones Universidad Alberto Hurtado casi cien años después de su primera publicación en 1930. Así como el género sexual de la protagonista transita entre lo femenino y lo masculino, la novela va saltando ágilmente entre una convención literaria y la siguiente: si en un momento parece una novela romántica, cercana a los códigos del folletín, al siguiente despliega una serie de episodios que invitan a leerla como novela de aventuras para un par de páginas después aparecer como un texto de intriga policial. Los personajes, por otra parte, tampoco son realmente lo que aparentan. Los jóvenes que se ufanan de sus riquezas son en verdad hijos de familias venidas a menos a la caza de herederas que les permitan mantener su estatus, las jóvenes que parecen muy recatadas tienen amantes que las exponen al escarnio público y la extorsión. La protagonista invierte los roles de género no solo por ser “doctor”, sino también por ser la que le propone matrimonio al hombre que le gusta (al final de la novela aparece explícitamente la idea de inversión de roles: “Como ella había invertido los papeles declarándole su amor, los invertiría ahora también protegiendo la honra de su familia”).

A nivel ideológico también nos vemos desafiados: las perspectivas críticas y progresistas de la novela sobre el matrimonio como un mercado en el que lo que se transan valores comerciales y los aspectos de la trama en que Jover muestra sensibilidad social al hacerles pagar a los ricos la atención a la hija de un obrero, se contraponen a pasajes con argumentos eugenésicos que no por haber sido muy

difundidos en la época en que fue escrita la novela dejan de sorprender.

Por otra parte, es un texto que mientras por un lado parece exaltar las posibilidades de la vida moderna, por el otro reproduce argumentos de algunos ambientes médicos y educativos que denunciaban la degeneración que producía en las personas la vida urbana de cafés, cines, teatros. Debido a los nuevos estilos de vida, se habrían perdido en las ciudades modernas la antigua belleza y proporciones del ideal griego. En una conversación con colegas alemanes, de lugares como Berlín y Munich, que fueron centros del pensamiento sobre la higiene racial, Jover sentencia: “La Humanidad degenera, los hombres y las mujeres son pequeños, feos, ridículos si comparamos sus proporciones con los eternos modelos clásicos. Tal vez ahora con la afición a los deportes y la vida al aire libre, se corrija esa decadencia física, y el éxito de las Olimpiadas presagia el mejoramiento de la raza humana. Adoro la belleza en todas sus manifestaciones y nada hay tan bello como un cuerpo humano perfecto”. Es justamente en el marco de esa conversación que Jover ve por primera vez a su objeto de deseo, frente al que exclama entusiasmada: “Me recuerda mi Fauno, no exactamente en las facciones, sino en la proporcionalidad de los miembros y en la armonía de su actitud. No creí posible que en esta época de degeneración física existiese un hombre... ¿cómo le llamaré? Clásico”.

Sin embargo, esta exaltación de la forma física esconde una ironía que termina por deconstruir el propio ideal de la protagonista. Si bien Max encarna la perfección anatómica que Jover persigue en su cruzada contra

la “degeneración”, el desarrollo de la trama revela a un hombre de escaso valor intelectual, carente de personalidad y de ética laboral, defectos que otros personajes señalan explícitamente hacia el final de la novela. La elección de Jover resulta, así, paradójica: su supuesta búsqueda eugénica queda limitada a la dimensión física, sin importar la dimensión intelectual ni moral de la búsqueda de “perfección de la especie”. La novela de ese modo termina por desarticular el supuesto correlato entre perfección o belleza física y cualidades intelectuales y de carácter.

El asombroso Doctor Jover es indudablemente una novela inspirada en los valores de velocidad y cambio asociados a la vida moderna; con ritmo ágil sigue los recorridos de sus personajes por Barcelona y París, en espacios que son fundamentalmente urbanos y en los que destacan medios de transporte como el tranvía y los taxis. La protagonista de la novela está arrojada hacia el exterior, lleva una vida de deporte, estudios, sociabilidad burguesa y también de intrigas y manipulaciones que le permiten siempre obtener lo que desea. En ese sentido, esta novela presenta una forma de ingreso de la mujer a la modernidad muy distinta a la que observaba la crítica Lucía Guerra para otras protagonistas de la misma época, volcadas, como los personajes de María Luisa Bombal, sobre todo a un espacio interior y subjetivo. Y sin embargo, como señalamos al principio del prólogo, la novela también expresa desconfianzas frente al impacto de la modernidad en los ideales de belleza y salud física.

El asombroso Doctor Jover traza un arco que va desde que Francisca conoce a Max Albalena hasta el momento en que logra hacerlo suyo y casarse con él. Lo que en

términos discursivos la protagonista presenta como una historia de amor, como un verdadero “flechazo”, en realidad se despliega como el relato de la conquista de uno más de los objetos que movilizan el deseo de Francis. Ya en el primer capítulo su amiga Motita le pregunta si gana mucha plata como pediatra y ella le responde: “Sí y no. Mucho para los que pagan, y bastante para lo que necesito, pero el dinero no se gana jamás superlativamente, porque nuestros deseos son inagotables”. Y lo que vemos a lo largo de la novela es a una protagonista movilizada por el deseo, algo históricamente vedado para las mujeres, de las que se esperaba abnegación y sacrificio.

El deseo de Francis se orienta hacia el estudio, la profesión y el reconocimiento –goza enormemente con los encuentros con sus colegas médicos, con la publicación de su libro sobre pediatría y los honores que le brindan por sus éxitos–, hacia la belleza encarnada en la escultura de un fauno o en un hombre de miembros proporcionados y actitud armoniosa, hacia el auto que se compra para recorrer Francia, hacia la posibilidad de aventura que le brinda la historia de una mujer casada sometida al chantaje de su ex amante. A diferencia de lo que establecen los códigos del romanticismo, para Jover el amor por Max no es un impedimento para flirtear con otros hombres. A lo largo de la novela la vemos coquetear con sus colegas médicos, con su ex novio, con sus amigos, y también desplegar todos sus talentos y belleza para seducir a las mujeres que la rodean. Jover desea, fundamentalmente, ser admirada y deseada, y así se lo explica a su futuro esposo cuando este le pregunta si después del matrimonio seguirá coqueteando con otros hombres: “flirtearé lo

preciso para no disminuir mi ascendiente social y viendo tú que me desean los otros hombres, te resultaré más deseable”. Jover comprende intuitivamente una máxima del deseo: para seguir siendo irresistible para su marido, debe seguir siendo objeto del deseo de los otros.

Aunque la novela termina con la boda de la protagonista con su amado, algo que somos invitados a leer como un final feliz, la institución matrimonial es probablemente uno de los principales blancos de crítica de la novela. Esta institución es representada como una negociación en la que suelen primar el engaño y la manipulación. Max Albalena, el objeto de amor de Francis, a instancias de su padre se compromete con una jovencita inculta y nada interesante, pero muy rica. También sus hermanos buscan enfrentar el declive de la fortuna familiar a través de matrimonios provechosos. En contraposición, Francis se enorgullece de ser capaz de ganar dinero con su trabajo, lo que le da total autonomía para tomar y tener lo que desea, que es lo que finalmente hace con Max. En términos más generales, la novela muestra la contraposición entre una clase alta aristócrata que busca conservar su posición social sin trabajar y una clase comerciante y/o profesional que tiene toda la potencia necesaria para avanzar y adquirir una posición hegemónica.

El matrimonio, en la novela, no solo es una institución transaccional, sino que también es un espacio de opresión para las mujeres. Sin hacer un discurso explícito sobre esta situación, la novela la representa en la relación entre el padre y la madre de Max Albalena, cuyos diálogos muestran como esta última no es más que un eco de su marido:

—Su matrimonio en principio estaba resuelto, y solo se trataba de que aceptase una u otra de las novias que le proponíamos.

—Que le proponíamos —repitió la señora de Albalena mirando a su marido.

—Hay tantos peligros para la juventud en esta Barcelona...

—continúo don Luis frunciendo el entrecejo.

—Hay tantos peligros...

—Ese muchacho necesita casarse, tener un hogar propio, afirmar su posición social...

—Necesita casarse —repitió por tercera vez la esposa, como un eco.

Salvo Francis —y en cierta medida su amiga Motita que se mantiene con su trabajo como pianista, pero no tiene ni la fuerza ni la seguridad de la protagonista—, todas las mujeres de la novela viven pendientes de sus posibilidades en la “Bolsa de Cotización de Matrimonios”. Resulta irónico y seguramente controversial para la época, que los personajes femeninos que se ajustan a todos los mandatos de género sobre los roles femeninos tienen más dificultades que Francis en recibir proposiciones matrimoniales. A lo largo de la novela diversos personajes repiten que una mujer profesional, “doctor en medicina”, no puede ser atractiva para los hombres. De hecho “Max, a quien había impresionado la belleza de Francis, se enfrió al saber que era un doctor en medicina”. Sin embargo, la trama nos muestra a una protagonista que rechaza tres proposiciones matrimoniales muy ventajosas y que decide casarse solo cuando logra impedir el matrimonio de

Max con la rica heredera y obtener del padre el permiso para “desposarlo”.

La crítica al matrimonio en *El asombroso Doctor Jover* no se expresa en términos de la oposición entre un vínculo por conveniencia económica y otro por amor. Como decíamos, aunque la novela se quiera presentar como una historia de amor, este sentimiento no provoca en ningún personaje las intensidades de emoción y sufrimiento que encontramos en novelas verdaderamente románticas. A la transacción económica, la novela opone lo que podríamos llamar una transacción eugenésica. Explícita e implícitamente el texto demanda que las elecciones matrimoniales se funden en una racionalidad vinculada con la reproducción. Así, ni alcohólicos, ni enfermos, y probablemente tampoco la gente muy fea, deberían —según uno de los planos discursivos de la novela— casarse y tener hijos. En esta línea encontramos pasajes que para el lector o la lectora contemporáneas resultan chocantes: “A veces es preciso que se legisle prohibiendo contraer matrimonio a hombres y mujeres cuya salud no los capacite para formar familias robustas y libres de taras... Únanse en matrimonio hombres y mujeres que puedan ir perfeccionando la especie, que vengan luego los deportes a embellecerla y volveremos a los tiempos de Grecia”. Jover reacciona así frente a los casos de niños y niñas enfermizos y débiles debido a las conductas previas o a los problemas físicos de sus padres.

En ese sentido, frente a la preocupación de la mayor parte de los personajes por la herencia en términos de capital económico, lo que Jover plantea es que la mayor cautela debiera dirigirse hacia los caracteres biológicos

que se transmiten por herencia. Esto forma parte de un campo amplio de preocupaciones de los eugenistas europeos, que ya desde fines del siglo XIX buscaban que el Estado regulara los matrimonios a través de la introducción de certificados pre-matrimoniales. De este modo, “el médico eugenista aspira(ba) a reemplazar al sacerdote al interior de la familia como consejero de la buena procreación” (Anne Carol. *Histoire de l'eugénisme en France. Les médecins et la procréation XIX-XX siècle*. Paris: Editions de Seuil. 1995 p. 232)¹.

En definitiva, *El asombroso Doctor Jover* es un artefacto cultural fascinante por todos los límites y polaridades que deconstruye y transgrede y también por las contradicciones que la atraviesan. La protagonista de Eulate subvierte las convenciones de la novela rosa y los roles de género y exhibe con orgullo y desparpajo su autonomía financiera y capacidad de dirigir la vida propia y las ajenas. La novela celebra así, en un nivel, los rangos de libertad que la modernidad otorga a las mujeres, cada vez más dispuestas a cuestionar los roles y normas de su sociedad.

Por otro lado, *El asombroso Doctor Jover* también señala las formas de control biopolítico que surgieron con la modernidad. Reeditar esta obra hoy nos permite asomarnos a las tensiones de una época en que los discursos científicos se acercaban peligrosamente a proyectos fascistas y en que mujeres como Eulate Sanjurjo buscaban explorar y comprender las posibilidades y amenazas que representaban para sus proyectos los desarrollos modernos.

¹ Agradecemos al doctor Marcelo Sánchez sus comentarios sobre eugenesia y esta referencia.

EL ASOMBROSO DOCTOR JOVER

Carmela Eulate

CAPÍTULO I

La consulta del especialista

Una templada mañana de fines del mes de marzo, descendieron del tranvía número 38, en el cruce de las calles Mallorca y Lauria, dos mujeres sencillamente vestidas que llevaban consigo un niño de cuatro años, y por la aglomeración de público hicieron el trayecto en la plataforma desde la plaza de Urquinaona. Al bajar se dirigieron al número 106, de la calle de Lauria, en cuya casa había una placa de porcelana con este letrero:

DOCTOR F. JOVER, ESPECIALISTA EN
ENFERMEDADES DE LA INFANCIA.
EX INTERNO DE LOS HOSPITALES DE BERLÍN.

La de más edad de las dos mujeres, que podría tener cuarenta años, miró sorprendida la placa, mientras su compañera, que representaba diecinueve, pero cuya semejanza alejaba toda suposición de lazos consanguíneos, sonreía murmurando:

—¡Cosas de María Francisca!, siempre fue original.

Penetraron en la casa llevando al chiquillo de la mano y luego de ascender los diez escalones que separaban el entresuelo de la calle, se detuvieron ante una puerta que mostraba una placa igual a la de la fachada. Apenas sonó el

timbre cuando llegó hasta ellas el rumor de risas infantiles, pues los pequeños clientes del doctor Jover, bulliciosos, no guardaban la compostura usual en las antesalas de los médicos.

Los alborotadores jugaban en el terrado donde el doctor instaló para entretenimiento de su diminuta clientela, un columpio, un juego de bolos y algunos juguetes de maquinaria que funcionaban por la electricidad en la galería cubierta, protegidos de las manecitas traviesas por láminas de cristal. Entre los juguetes que deleitaban en aquel momento a los espectadores, descollaba un infantil gimnasta que en un trapecio de barras fijas y teniendo sendas bolas en las manos, ejecutaba ejercicios acrobáticos, planchas, saltos, etc., debidas estas habilidades al ingenio de un fabricante de Tokio. Quedaban en el salón varios niños pálidos y tristes, uno de ellos con la cabecita entrapajada. Abrió la puerta una muchacha no mal parecida que alternaba sus funciones domésticas con la de compañera de juegos de los niños. Cuando los revoltosos del terrado se negaban a retirarse a sus domicilios, las mamás y las camareras iban reduciéndoles sus sombreritos y sus boinas o sus gorras de marinero con las cintas timbradas AERONÁUTICA NAVAL.

Luisito, que así se llamaba el nuevo cliente, corrió hacia el terrado con tan buena fortuna, que en aquel instante abandonaba una niña rubia el columpio y pudo ocuparla sin protestas. La joven que abrió la puerta dijo así:

—Señoras, la consulta terminará dentro de treinta minutos, y hay todavía dos números que visitar, por lo tanto, el doctor no podrá recibirlas. La consulta es de nueve a una, por la tarde no la hay.

—Venimos desde la Horta, y tal vez... teniendo en cuenta que el niño es pequeño...

—Imposible, señora; el doctor tiene invitados en el Hotel Majestic a dos doctores extranjeros, uno de ellos con su esposa y, por cortesía, no puede hacerles esperar.

La mamá del niño escuchó contrariadísima estas palabras, hizo un gesto de enfado y dirigiéndose a su amiga, exclamó:

—Pásale tu tarjeta, Motita, ¿no me has dicho que tuviste gran intimidad con esa joven en Arenys de Mar?

Se puso la interpelada roja como la grana, cual si la cogiesen en una mentira, y resuelta, sacó de su bolso de mano una tarjeta, trazó en ella dos líneas, y se la entregó a la criada.

—Perdón, señorita —replicó esta con retintín—, yo no penetro en la sala de consulta; cuando salga la enfermera, ella dirá si cree oportuno molestar al doctor.

Se abrió la mampara que comunicaba el gabinete clínico con la salita de espera, y apareció en el umbral de la puerta una mujer joven, de figura interesantísima, que vestía inmaculada bata de piqué blanco.

—Aquí tiene usted al doctor. Si puede recibirla, nos evitamos el contravenir sus órdenes.

La madre de Luisín, aunque prevenida ya, no dejó de sorprenderse, y el “doctor”, en cuyo rostro se pintó la duda, se detuvo un momento en el dintel.

—Doctor... María Francisca... dijo la jovencita, nos han dicho que no es ya hora de consulta... pero si tú quisieras recibirnos... mi amiga viene desde Horta, donde tiene alquilada una casita por la salud del niño...

—¡Eres tú —exclamó jubilosa la dama de la bata de piqué— Montserrat Llanzá!, vacilé en reconocerte, pues te has cortado los largos tirabuzones rubios, pero tu voz me sacó de dudas. Aguarden un momento. En mi consulta no se falta a los números dados, pero procuraré no detenerme, y a no tratarse de un caso grave, os recibiré antes de media hora. Nuria, conduce a estas señoras a la otra sala, y que pase el número 21.

No se les hizo largo tiempo, pues mientras el niño se columpiaba divertidísimo en el terrado, doña Dolores obtuvo de su amiga algunos datos más sobre el interesante doctor.

La señorita Llansá, profesora de piano, frecuentaba un pequeño círculo social constituido por las familias de sus discípulas, y dos de ellas, las mejores, eran hijas de la señora Llorens, madre de Luisín. Al verla desesperada por la persistente colitis del chiquillo, recordó Montserrat las alabanzas tributadas a una famosa especialista de niños, y llevando a cabo una información completa, no le cupo duda de que el doctor Jover que vestía faldas, era su antigua amiga María Francisca Font. Entonces confiada en la amistad que cinco años atrás las ligó, a instancias de Dolores, se decidió a acompañarla, y en efecto su presencia logró que el doctor Jover prolongara las horas de consulta.

—Número 23 —llamó la voz de Nuria, y las dos mujeres y Luisín penetraron en el gabinete clínico.

El doctor Jover telefoneaba en aquel instante al Hotel Majestic, y puesta la comunicación con la persona solicitada, se expresaba fácilmente en una lengua extranjera incomprensible. Colgó el aparato receptor cuando entró el